

físico, para la acertada solución de las muchas é interesantes cuestiones que á ellos se refieren. Por último, es siempre útil tener buenos libros y maestros competentes á quienes consultar, en los puntos difíciles y controvertidos.

Terminaré este capítulo con las siguientes expresivas frases de Mons. Dupanloup, escritas para nuestros días!: «No hay en mi alma bastante energía, ni en mi palabra bastante eficacia para manifestar cuán triste impresión me causa la vista de esa muchedumbre de hombres desprovistos de buenos estudios filosóficos, especialmente en las elevadas regiones de la sociedad. ¡Qué vacío en sus espíritus, qué desdicha en su vida! Conozco á algunos de ellos que, por esta causa, serán siempre inferiores á sí mismos, y siempre estarán por debajo de sus destinos, sin poder nunca prestar, ni á su país, ni á sus familias, los servicios que habrían podido hacerles con una educación filosófica, profunda, cristiana y completa.»

## CAPÍTULO DUODÉCIMO.

### LA HISTORIA.

1. Qué es la historia; utilidad de su estudio. — 2. Lugar preferente que ocupa entre los conocimientos humanos. — 3. Cualidades intrínsecas de la historia. — 4. Fin de la historia. — 5. Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia. — 6. Cómo debe considerarse á la humanidad en la historia. — 7. Importancia del espíritu filosófico en la historia. — 8. Historia profana y eclesiástica: importancia de la última. — 9. Ataques dirigidos á la Iglesia por ciertos historiadores. — 10. Palabras de León XIII acerca de la historia.

#### 1. Qué es la historia; utilidad de su estudio. —

La historia, según la definió Cervantes, es madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. Bossuet la llama maestra de la vida humana y guía prudente de los negocios, y otro autor la califica de ciencia de la vida de los pueblos.

<sup>1</sup> Cartas sobre educación intelectual.

Como la sociedad es natural al hombre, siente éste vivo deseo de tratar y comunicarse, no sólo con sus contemporáneos, sino también con las generaciones pasadas, y todo esto lo obtiene por medio de la historia, que nos presenta el cuadro completo de la vida de la humanidad; nos refiere su origen y vicisitudes, sus adelantos y retrocesos, sus triunfos y miserias; nos hace asistir á las gloriosas escenas que se han verificado en todo tiempo en el mundo; hace desfilar ante nosotros á los grandes genios de todas las edades; nos muestra en acción al linaje humano, desde que pobló la tierra; recompone y anima, por decirlo así, los hechos pasados, para que los veamos casi como presentes. Con justicia dice Cicerón que ignorar lo acontecido antes de nuestro nacimiento, es permanecer siempre niños; y Pascal afirma que la humanidad es un hombre que vive siempre y aprende sin cesar.

De la definición de la historia se deduce la utilidad de su estudio. En efecto, si el hombre no vive aislado en el mundo; si no es como la nube barrida por el viento, ó como el átomo de polvo que se pierde en el espacio; si, por el contrario, es un ser inteligente y libre, rey de la creación y árbitro de sus destinos; si, por humilde que sea su condición, deja en el mundo huellas de su existencia; si cada hombre tiene una misión que cumplir, y sus hechos forman parte de los anales que, día por día, se van acumulando para transmitirlos á la posteridad; si cada cual es actor y espectador en el grandioso drama que representa la humanidad en el mundo; no cabe duda de que la historia es sobremañera útil á la cultura del espíritu, y que debe ser estudiada con empeño por cuantos aspiren á ocupar puesto distinguido en la república de las letras.

Si es verdad, como dice Bossuet, *que el hombre encuentra su placer en el hombre*, es claro que debe interesarle conocer cuanto aquél ha hecho, dicho y pensado sobre la tierra. «De allí nace el contento que experimentamos en una conversación agradable, en comunicarnos por medio de la palabra, oral ó escrita... en juntarnos, en fin, con nuestros semejantes. Ahora bien, la historia es la más grata y útil de

las conversaciones, la comunicación con los espíritus más distinguidos... Este placer está exento de peligro, ó mejor dicho, es saludable; porque, con la mirada fija en todos los siglos, la historia es el verdadero estudio de la sabiduría.»<sup>1</sup>

**2. Lugar preferente que ocupa la historia entre los conocimientos humanos.**— Como contiene la historia el relato de los hechos grandiosos de la humanidad y de cuanto notable ha acaecido en el mundo en el orden físico, intelectual y moral, debe ser cultivada con esmero por los jóvenes, para influir eficazmente en su formación científica y literaria. «La historia es, en cierto modo, una escuela de aplicación de la filosofía, en especial de las ciencias morales. Ella nos muestra al alma humana revelándose, al través de los siglos y de los países, por medio de la palabra y de la acción. Ella agranda el círculo de observación psicológica, moral, política y social. La psicología encuentra, en efecto, en la historia realizadas sus observaciones ó reflexiones personales; la moral ve en ella la sanción natural de los actos, aplicada ya á los individuos, ya á las naciones por el libre ejercicio de la voluntad humana y de las instituciones sociales; la historia pone en relieve el papel preponderante de la voluntad como causa de los hechos acaecidos, y por este medio manifiesta el poder del hombre, sea para el bien, sea para el mal; ella comprueba la permanencia é identidad de las leyes del mundo moral, aun cuando se cumplan en circunstancias y medios diferentes: por lo que los mismos errores y faltas causan de ordinario en los hombres y en los pueblos la misma decadencia; é iguales esfuerzos y virtudes producen en ellos una prosperidad más ó menos semejante.

«El conocimiento de la historia es necesario al político, al sociólogo, al juriconsulto. ¿Cómo gobernar sabiamente un país sin conocer su historia, es decir, su temperamento, su carácter, sus ideas, el conjunto tan complejo de hechos y de causas que hacen de él lo que es, y que permiten conjeturar lo que será en lo venidero?

<sup>1</sup> *Monfat*, L'éducation chrétienne.

«La historia nos hace contemporáneos de todas las edades, conciudadanos de todos los pueblos, y nos da mucha experiencia en poco tiempo, porque no cambia el fondo de la naturaleza humana. La historia es para los pueblos lo que la conciencia para los individuos; por su medio adquieren aquéllos conciencia de sí mismos, de la unidad y continuidad de su existencia; por ella conocen sus títulos de propiedad, su patrimonio de glorias y reverses, sus cualidades y defectos, las leyes de su desarrollo regular, la orientación de su vida de pueblo; por la historia, en fin, pueden proceder para el porvenir con la suma de precauciones y de probabilidades compatibles con la libertad humana.»<sup>1</sup>

El estudio de la historia es muy útil, no sólo á las personas que, por su posición, deben conocerla, como son los aspirantes á la vida política, á la diplomacia, á ocupar puestos en la magistratura, en el foro, en la prensa; sino á cuantos desean simplemente saber lo que pasa en el mundo, é informarse de las necesidades y tendencias de su época. «La historia no es únicamente una lectura instructiva, llena de graves y útiles enseñanzas; es también una lectura recreativa y curiosísima, y tan variada que su interés se renueva á cada instante. Porque el presente tiene sus raíces en el pasado; un siglo es como los siglos que le han precedido; una generación hereda el bien y el mal transmitidos por las generaciones anteriores; las instituciones que se desarrollan ó mueren, deben su vida ó ruina á los hechos que las han precedido. En una palabra, una ley de *solidaridad* enlaza á todas las edades, y la historia es una tela no interrumpida en que los hilos que van á hacer la trama de mañana, se anudan á los que hicieron la trama de ayer.»<sup>2</sup>

Por esto, no hay pueblo, medianamente civilizado, que no tenga su historia ó por lo menos su crónica, y que no recuerde las hazañas de sus héroes, para ensalzarlas, ó los crímenes de los perversos, para estigmatizarlos. Es incalculable la utilidad que se saca de la historia, cuando ésta reúne las

<sup>1</sup> *Éléments de philosophie*, por F. F.

<sup>2</sup> *Mons. Dupanloup* l. c.

cualidades debidas y es estudiada con reflexión y aprovechamiento. El espectáculo de las grandezas y miserias humanas, que forman el tejido de la historia, es una severa lección para los que se dan cuenta de su glorioso destino y desean cumplirlo. En este cuadro vastísimo, palpa el hombre, por decirlo así, la decadencia y ruina en que se han sumido los individuos y los pueblos dominados por el error y el vicio, así como la gloria y prosperidad que han obtenido los que han sido guiados por la verdad y la virtud, cumpliéndose al pie de la letra la divina máxima, de que *la justicia engrandece á los pueblos y el crimen los hace desgraciados*<sup>1</sup>.

«¿Qué otra cosa es la historia sino el gran receptáculo de la experiencia universal, en que contemplamos los acontecimientos felices ó desgraciados y las causas que los producen, cuya responsabilidad corresponde, en último análisis, á la libertad humana, sujeta á constantes alternativas? ¡Cuántas enseñanzas brotan de ese conjunto de sucesos que la historia ordena y clasifica; de esos choques de las pasiones humanas que rugen y se desencadenan, sin que el invisible pero poderoso freno de Dios llegue á romperlas! Con un poco de cálculo, de elevación y rectitud, es fácil á la razón, agrupando con madurez sus observaciones, juzgarlas con provecho y deducir otras tantas reglas experimentales, aplicables por analogía á los diferentes casos que se presentan, y levantar de este modo otras tantas bases sólidas de deducción para prever y disponer lo venidero.»<sup>2</sup>

Por esto, la historia es indispensable para la completa formación de la juventud. Ella presenta á sus ojos horizontes ilimitados; le hace traspasar los estrechos lindes del país natal, para ponerle en comunicación con las generaciones pasadas y con la presente; infunde en el joven hábitos de reflexión, le acostumbra á respetar las acciones gloriosas y le estimula á imitarlas. «Yo miro la historia», dice Rollin<sup>3</sup>, «como el primer maestro que se debe dar al niño, por ser ella á propósito para entretenerle, instruirle, formar el espíritu

<sup>1</sup> Prov. XIV, 34.      <sup>2</sup> *Monfat* l. c.

<sup>3</sup> *Traité des études*, citado por *Monfat*.

y el corazón, y enriquecer la memoria con un sinnúmero de hechos tan agradables como útiles. Ella contribuye poderosamente, por el atractivo que en sí tiene, á excitar la curiosidad de esa edad ávida de aprender, y le infunde gusto por el estudio. Así que, en materia de educación, es un principio fundamental y comprobado en todo tiempo, que el estudio de la historia debe preceder á los demás, y prepararles el camino.»

**3. Cualidades intrínsecas de la historia.**—Como todos los conocimientos humanos, la historia debe tener ciertas cualidades y someterse á determinadas reglas, para llenar su objeto.

La primera y más importante cualidad de la historia es la *veracidad*. Esto se deduce del fin que se propone. Conteniendo, en efecto, la historia, la narración de los hechos notables de la humanidad y de cuanto glorioso é instructivo ha acaecido en el mundo, es indispensable que dicha relación sea fiel y verídica; pues en caso contrario, engañaría á los hombres y falsearía los sucesos, causando grave detrimento á los lectores. Por esto dijo Polibio que, así como no hay regla sin rectitud, tampoco hay historia sin verdad.

El historiador no puede, por tanto, inventar hechos ni dejarse dominar de la imaginación para abultar los acontecimientos ó para tejerlos á su modo. Debe referir las cosas como han pasado, según la mayor y menor certidumbre que de ellas tenga. «La historia se mueve en una esfera cuya circunferencia ha sido trazada por Dios, y su primera obligación es reconocerlo y respetarlo. Las cosas que Dios ha hecho ó permitido y que han recibido el sello del tiempo, deben ser investigadas concienzudamente, para, después de encontradas, referirlas con fidelidad. Esto no quiere decir que el historiador haya de permanecer indiferente ante los hechos. No le está prohibido, sino antes bien recomendado, expresar sentimientos de dolor é indignación cuando la verdad es oprimida y la virtud ultrajada, y deducir de estos juicios los atinados consejos que dicta la prudencia. Éste es el principal deber de la historia, ésta su misión y utilidad; y sólo así viene á ser práctica, viene á inspirarse en la moral,

en la política y en el derecho, á los que presta un auxilio importantísimo.»<sup>1</sup>

Por esto, la crítica moderna, por boca de Balmes, aconseja aceptar como más veraces á los historiadores contemporáneos ó más próximos á los sucesos que relatan; preferir los que se apoyan en testigos oculares á los que citan é invocan testigos que sólo lo son de oídas; desechar, por regla general, los escritos anónimos, así como las obras póstumas que han pasado por manos poco seguras ó desconocidas; no admitir, en fin, relatos novelescos ni introducidos con el intento de llenar únicamente la falta de hechos ciertos.

«Cualesquiera que sean los destinos futuros de la historia, puede ella alegrarse por el lugar que ocupa entre las ciencias humanas», dice Mons. Duchesne.<sup>2</sup> «La grande estima de que goza, la debe á la extensión y profundidad de sus trabajos, como también á la sinceridad general de sus exposiciones. Más que en ningún otro tiempo, la historia, á lo menos en conjunto, ha observado en nuestro siglo este principio fundamental: *Ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat*, principio á menudo proclamado, pero, como tantos otros, no siempre respetado. Mientras mejor lo observe, será ella más útil y digna, á lo menos entre las personas cuyo aprecio importa.»

La segunda cualidad intrínseca de la historia es la *imparcialidad* con la *sinceridad*. El que se dedica á la noble tarea de historiador no se ha de guiar de preocupaciones ó prejuicios; no ha de tener ideas preconcebidas, ni partido ó sistema especial; porque en este caso narrará los acontecimientos según las ideas que le dominen ó que pretende hacer triunfar, sin conformarse á la realidad ni menos buscar la verdad, que es siempre sincera.

Téngase en cuenta que la *imparcialidad* no es lo mismo que la *sinceridad*. «La primera se propone la esmerada investigación de los hechos y el estudio concienzudo de ellos, y la segunda gobierna la composición y la enseñanza; pero ambas se inspiran en un sólo móvil moral, la *probidad*, que

<sup>1</sup> *Monfat* l. c.

<sup>2</sup> Un siècle: L'histoire.

no quiere ni para sí ni para otros sino la verdad.»<sup>1</sup> ¡Ah! ¡y cuán rara es esta prenda en nuestros tiempos! Por lo que el conde de Maistre afirma que, sobre todo desde hace tres siglos, la historia es una perenne conspiración contra la verdad. «Es increíble», afirma León XIII, «el daño que causa el convertir la historia en esclava de un partido ó en juguete de las pasiones inestables de los hombres. Ella no será entonces la *maestra de la vida* y la *antorcha de la verdad*, como con justicia la llamaron los antiguos, sino que halagará los vicios, favorecerá la corrupción, especialmente de la juventud, cuyo espíritu llenará de opiniones insensatas y la alejará de las costumbres honestas; porque la historia impresiona mucho el alma ardiente de los jóvenes... Una vez introducido el veneno desde los tiernos años, es difícil y casi imposible remediar el mal; porque hay poca esperanza de que con la edad adquieran un juicio más recto desaprobando lo que antes aprendieron, tanto más cuanto que pocos se dedican á estudiar la historia con madurez y á fondo; y que, en una edad más avanzada, el comercio de la vida ofrece acaso más ocasiones de confirmar que de corregir los errores.»<sup>2</sup>

Otra de las cualidades substanciales de la historia es el *amor á la moral y á la virtud*. En efecto, el historiador no debe limitarse á relatar los acontecimientos, sino extenderse á deducir de ellos reflexiones y consecuencias que sirvan al hombre de saludable lección y de norma de conducta en sus actos. Del choque mismo de las pasiones humanas;

<sup>1</sup> *Monfat* l. c.

<sup>2</sup> «Vix credibile est, quam sit capitale malum historie famulatus servientis partium studiis et variis hominum cupiditatibus. Futura quippe est non magistra vite neque lux veritatis, qualem esse oportere veteres iure dixerunt, sed vitorum assentatrix et ministra corruptelæ: idque presertim hominibus adolescentibus, quorum et mentes opinionum implebit insanía, et animos ab honestate modestiæ defleat. Percutit enim historia magnis illecebris prepropera ac fervida iuvenum ingenia... Itaque hausto semel a teneris annis veneno, vix, aut ne vix quidem, ratio quaeretur remediis. Neque enim illa est satis vera spes, futurum ut ætate sapiant rectius, declinendo quod ab initio didicerint: propterea quod ad historiam penitus et considerate pertractandam pauci sese dedunt, maturiore autem ætate, in consuetudine vite quotidianæ plus fortasse offendant confirmatis quam corrigendis erroribus loci» (Breve *Sæpenuero considerantes*, d. d. 18 Aug. 1883).

de la lucha incesante entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre la arrogancia del mundo y la humildad cristiana, se ha de servir para inculcar los principios de eterna justicia grabados por Dios en nuestro corazón, y manifestar, con la lógica de los hechos, que sólo son felices los hombres y los pueblos que se inspiran en las leyes de la moral y practican la virtud. Ha de procurar, en fin, desenvolver en los lectores, no sólo la *razón especulativa*, que generaliza, compara, deduce y clasifica los hechos, sino también la *razón práctica*, que perfecciona la prudencia y la pone en estado de gobernar debidamente los asuntos de la vida.

4. **Fin de la historia.**—De las cualidades intrínsecas de la historia resulta que tiene una noble misión que cumplir, á saber: enaltecer la verdad y el bien, y estimular á los pueblos á la práctica de las virtudes morales y religiosas, que han sido y serán en todo tiempo germen fecundo de las acciones más laudables. La historia es una *alta enseñanza*, y toda enseñanza se propone el perfeccionamiento del hombre, que sólo se obtiene mediante la observancia de la ley divina. Así lo comprendieron aún los escritores paganos. Que el historiador, dice Dionisio de Halicarnaso, indague la vida de los hombres que sobresalen por su fama ó sus hechos, y manifieste si aquella ha sido virtuosa y arreglada, y si han respetado las costumbres é instituciones de sus mayores. Lo que sobre todo es saludable y fructuoso en el conocimiento de los sucesos, afirma Tito Livio, es el contemplar expuestas en notables escritos enseñanzas de toda clase. Encuétrase allí lo que cada uno debe imitar en sí mismo y en el gobierno de los otros; lo que es glorioso emprender y lo que es preciso evitar. El principal deber de la historia es, á juicio de Tácito, no dejar las virtudes en el silencio, é inspirar á las palabras y acciones perversas el temor que proviene del deshonor y del juicio de la posteridad<sup>1</sup>.

Por esto, los historiadores cristianos, al decir de San Agustín, deben referir los hechos fielmente y para utilidad de los demás; esto es, con el fin de estimularlos á la práctica de

<sup>1</sup> Cf. *Monfat* l. c.

la virtud y al amor del bien; y Bossuet asegura que se reduciría á una vana curiosidad el estudio de la historia, si se limitara á una simple narración, *sin sacar ningún ejemplo útil para la vida humana*. De la consideración de las cosas terrenas, de las miserias del hombre, de los extravíos y errores de los pueblos, el espíritu ha de elevarse á lo alto, á las cosas eternas é inmutables, en una palabra, á Dios, cuya mano invisible ordena los sucesos humanos al triunfo definitivo de la verdad y de la virtud, no obstante la tenaz persecución que padecen entrambas en el mundo y las nubes con que se pretende ocultar su brillo, para que no sean conocidas ni amadas por los hombres.

Entendida de esta manera la labor del historiador, desempeña éste una alta misión, un hermoso apostolado que contribuye mucho á alicionar á la humanidad, «cuyo destino es progresar padeciendo y caminar fatigosamente en pos de la adquisición de la verdad. Pero no debe olvidarse que se ha de presentar al hombre en escena según el aspecto bueno ó en camino de serlo, conduciéndonos tras de él en la lucha con el mal, hasta la cima de la virtud. Que se nos muestre al hombre, no sólo ganando grandes batallas á fuerza de genio y de bravura, y extendiendo las fronteras de su país; no sólo presidiendo esas fiestas brillantes cuyos cuadros hacen soñar con un falso porvenir á los jóvenes, y embriagándose con una gloria, á la que de ordinario sigue y devora el placer, vergonzoso castigo del orgullo; no tan sólo impulsando las artes, dictando leyes sabias y haciendo reinar en torno suyo la paz y la prosperidad; sino que se nos le muestre temeroso de Dios, amante de los hombres, celoso de la verdad y el bien, sea cual fuere su celebridad.»<sup>1</sup> «Si el mundo vale algo», ha dicho Charaux, «es por las grandes almas de los ciudadanos, de los poetas y oradores, formados en la escuela de la verdadera *sabiduría*, que ilumina al hombre para hacerlo mejor, que no separa la cultura del corazón de la del espíritu, ni las teorías sobre la virtud de la práctica de la virtud: *Virtutis enim laus omnis in actione*

<sup>1</sup> *Cantú*, Discurso sobre la Historia Universal.

est, dijo Cicerón. Si estas grandes almas son la riqueza del mundo, que sean también en buen hora el principal objeto del estudio de la historia.»<sup>1</sup>

**5. Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia.**—Las creencias y principios que profesa el hombre influyen eficazmente en la manera de estudiar ó componer la historia; y por eso se ha dicho que el mejor sistema para escribir la historia es no tener ninguno; lo cual debe entenderse en el sentido de que el historiador no ha de tener ideas preconcebidas ni apreciar los hechos tras el prisma de la preocupación ó el engaño: su misión, lo repito, es narrar fiel é imparcialmente los hechos, y rendir culto á la verdad y al bien.

Es incalculable el influjo que las creencias religiosas ejercen en el ánimo del historiador. Si las que admite son las reveladas por Dios y enseñadas por la verdadera Iglesia, su criterio será recto y seguro; pero si carece de fe ó acepta doctrinas erróneas é impías, tergiversará los sucesos, desconocerá el mérito de las acciones heroicas y no estimará debidamente á los hombres que, inflamados en el amor á Dios y al prójimo, se han sacrificado por ellos.

Prescindo de ciertos métodos históricos inaceptables, como del *fabuloso*, que encontramos en los comienzos de la vida de los pueblos, ya que en un principio la historia no se escribe sino que se hace; tampoco trato de las *leyendas* y *tradiciones* transmitidas de una á otra generación, de ordinario bajo formas poéticas ó novelescas; ni de los *anales*, *crónicas* y *memorias*, compuestas á medida que la humanidad se daba cuenta de su destino; y me limito á decir algo acerca de algunos sistemas históricos fundados en las creencias y doctrinas religiosas y sociales que se profesan.

El primero que se nos presenta es el sistema *panteísta*. Según él, cuanto existe es Dios; de modo que el mundo es como su envoltura y el hombre una parte de su ser. Con lo que desaparecen la personalidad humana, la libertad, la responsabilidad de los actos individuales, y toda noción de

<sup>1</sup> Monfal. l. c.

justicia y de moral; así que en este sistema la humanidad no es dueña de sí misma, ni árbitro de sus destinos, sino que procede movida por una fuerza irresistible, por una causa superior, con la que se identifica y confunde. El sistema *fatalista* no niega la personalidad humana; pero la supone guiada por el *hado*, ó sea por un ente superior, por un genio terrible, que ha determinado necesariamente quiénes han de ser buenos ó malos, felices ó desgraciados; de modo que el hombre es una *máquina* que funciona á voluntad de su inventor, sin libertad de alejarse del rumbo que se le ha trazado. El sistema *escéptico*, á su vez, finge no creer en nada, ni admite la intervención divina en el gobierno del mundo, con lo que arrastra al hombre al abismo de la duda y de la desesperación. El sistema *deísta*, en fin, rechaza el dogma consolador de la Providencia, al afirmar que Dios, por ser muy grande é incomparablemente superior al hombre y á los seres inferiores, prescinde de ellos por completo, y los deja en libertad de proceder sin darse cuenta de Él.

Basta esta somera enunciación de las teorías anteriores, para convencerse de que son erróneas é inadmisibles en el terreno de la historia. Rechazando tales utopías y blasfemias, se presenta el *sistema católico*, único seguro y aceptable, que coloca á la historia en su puesto de honor y la convierte en provechosa enseñanza. Según él, los hombres y los pueblos son hechura de Dios, quien los ha colocado en el mundo para cumplir libremente la misión que les señalara. Sin destruir la libertad humana, Dios ordena y dirige todo á su mayor gloria; gobierna el mundo con admirable y recóndita sabiduría, y si permite á veces el triunfo del mal y la opresión de la virtud, es para probar á los buenos en esta vida y recompensarles abundantemente en la otra. Todo hombre malo, dice San Agustín, vive en el mundo, ó para corregirse ó para excitar á los buenos.

Conforme á este sistema, aparece Dios en la historia como señor y árbitro de los sucesos humanos, encaminando á los pueblos á la posesión de la verdad y del bien, cuya depositaria es la Iglesia que Él fundara. Y cuando los hombres y las naciones, por la triste posibilidad que tienen de obrar el

mal, desoyen la voz de Dios y de la Iglesia, experimentan luego los resultados de su voluntario extravío, y no se hacen esperar los sufrimientos, las guerras, los cataclismos sociales, que, á la vez que humillan y castigan á la humanidad, la aleccionan para el porvenir y la vuelven á Dios. «Alta importancia adquiere la historia cuando considera los hechos como una palabra sucesiva, que más ó menos claramente manifiesta los mandatos de la Providencia; cuando los enlaza, no con la idea de utilidad parcial, sino con una ley eterna de caridad y de justicia; cuando no se contenta con descubrir, enseñar y contemplar tristemente las llagas sociales, sino que hace que los dolores sufridos por los antepasados y las lecciones de las grandes desventuras redunden en provecho de las generaciones venideras.»<sup>1</sup>

**6. Cómo debe considerarse á la humanidad en la historia.**—La doctrina católica, apoyada tanto en la fe y la razón, como en las tradiciones y creencias de casi todos los pueblos, enseña que el hombre fué creado por Dios, para servirle y amarle, para propagarse y dominar la tierra; pero que, por haber desobedecido á su Hacedor, decayó de su primer estado y quedó sujeto á muchas calamidades y miserias. La humanidad desciende igualmente de una sola pareja; y, aun cuando está extendida por la redondez de la tierra, forma una sola familia, cuyos miembros tienen el mismo origen y aspiran á idéntico fin.

Admitida esta verdad, que es de suma importancia en la historia, los hombres y los pueblos se presentan como ramas adheridas á un solo tronco, sujetos á ciertas leyes fundamentales en su desarrollo y perfeccionamiento, y ligados todos por vínculos estrechos de amor y de fraternidad, sin que la suerte de los unos sea indiferente á los otros. El hombre debe, por tanto, tener vivo interés en estudiar la historia, por ser cosa que le concierne, y se relaciona con sus semejantes. En los sucesos pasados debe tener á la vista á sus antecesores, celebrar sus hazañas, condenar sus extravíos y, ante todo, aprovecharse de las lecciones de la experiencia para la buena dirección de sus actos.

<sup>1</sup> *Cantú* 1. c.

Aun cuando sea breve la vida del hombre, tiene en ella una misión que cumplir; y como es miembro de una familia universal, como no está aislado en el mundo, necesita del auxilio de los demás y á su vez debe prestarlo á los otros, á fin de trabajar juntos en la grande obra del perfeccionamiento humano. Considerada así la humanidad, la historia que narra sus hechos «nos eleva sobre los intereses efímeros, y mostrándonos que somos miembros de una asociación universal, que se dirige á la conquista de la virtud, de la doctrina, de la felicidad, dilata nuestra existencia á todos los siglos, nuestra patria á todo el mundo; nos hace contemporáneos de los grandes personajes y nos manifiesta la necesidad de dejar con creces á nuestros sucesores la herencia que de nuestros padres recibimos... Cuando la historia, inmortal conciudadana de todas las naciones, abraza con una mirada toda la humanidad, el espectáculo de la inmensa duración modifica la idea de nuestra breve existencia; la melancólica ira del que se siente solo, da lugar al consuelo de hallarnos unidos fraternalmente con toda la familia humana, para completar la regeneración del individuo y de la especie; y entre la desarreglada voluntad del hombre y la combinación de accidentes, que solemos llamar oportunidades, distinguimos una mano superior que guía los esfuerzos individuales á la conquista de la verdad y de la virtud; que hace que la víctima de la violencia se trueque en maestra de sus perseguidores, y convierta en bienhechor de la humanidad al que ha sido su azote»<sup>1</sup>.

Mas, conviene no olvidar que toda la familia humana, en castigo de la prevaricación primitiva, perdió muchos de los dones que Dios concediera á nuestros primeros padres, y quedó sujeta á la ignorancia y á la concupiscencia. El dogma del pecado original sirve de clave para comprender y resolver muchos problemas individuales y sociales, sobre todo la incesante pugna entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, y la consiguiente dificultad que los hombres y los pueblos tienen para ser felices y virtuosos.

<sup>1</sup> *Cantú* 1. c.

La lucha es y será en la presente vida, la triste herencia de la humanidad decaída, sin que nadie pueda eximirse de ella, ni obtener algo grande y bueno sin constante violencia. Pero Dios no ha abandonado al hombre á la tiranía de sus malos instintos, ni ha entregado á las naciones al imperio brutal del vicio y de la fuerza. Con la encarnación del Verbo, con la venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo, la humanidad, regenerada y fortalecida por la gracia divina, puede practicar heroicas virtudes. Por esto contemplamos, desde la fundación del cristianismo, tantas nobles acciones, tantos hermosos ejemplos, tantas almas generosas que inflamadas por la caridad divina, han ejercido un benéfico apostolado y transformado el mundo moral. Los hombres y los pueblos se pervierten y arruinan, cuando se alejan de Dios, cuando desprecian sus enseñanzas y desoyen á la Iglesia católica, columna de la verdad y guía segurísimo en las dificultades de la vida.

**7. Importancia del espíritu filosófico en la historia.**—De las precedentes reflexiones resulta que la historia no debe limitarse á una mera relación verídica é imparcial de los hechos, sino que ha de estudiar sus causas, deducir consecuencias y ofrecer saludable enseñanza al hombre. La historia tiene, pues, relaciones con la filosofía; se ha de inspirar en sus principios y verdades, ha de raciocinar y discutir, para de los efectos inquirir las causas que los producen, y de los hechos contingentes elevarse á las leyes de eterna verdad y justicia. De este modo ocupa la historia un puesto principal entre los conocimientos humanos y viene á ser *maestra de la vida y luz de los tiempos*; de este modo, de la simple narración de «hechos inconexos y de impresiones individuales, se eleva á la acción general de los hombres, á las fuerzas políticas, á la armonía de los elementos sociales; y en suma, de simple narración viene á convertirse en teoría social.... Así que la historia debe preocuparse más con los principios que con los hechos, porque los primeros dan la razón de los segundos, indican su causa y hacen prever los resultados; suministran á aquella, como el análisis al géometra, reglas generales aplicables á las circunstancias parti-

culares; y hacen conjeturar de una manera cierta lo que ha debido suceder y lo que debe seguir.

La historia se ha de apoyar, en fin, en los principios que suministra la experiencia y forman, como se ha dicho, la razón práctica, luz y reina de la vida. Tal es, según Malebranche y De Bonald, la necesidad é importancia del espíritu filosófico <sup>1</sup>.

Animado de este espíritu, el historiador generaliza los hechos, los profundiza y estudia en conjunto; inquiera la misión de los grandes hombres y de los pueblos; escudriña los secretos del corazón humano, las causas que han ennoblecido ó degradado á las naciones; hace en cierto modo palpar, en el progreso ó decadencia de la humanidad, la acción de Dios que la premia ó castiga según sus obras. «Con su mirada abraza el historiador el tiempo y el espacio; ve los sufrimientos, las necesidades, las aspiraciones de la sociedad en formación; los trastornos indispensables que dan lugar á instituciones sólidas y equitativas; conoce el influjo de las pasiones que perturban la obra de Dios, y la fuerza de la fe que, á menudo y á pesar de los hombres, conduce á la sociedad al fin que le ha señalado. Con atento oído, escucha el trabajo sordo y misterioso que, á pesar de los tumultos é invasiones en que las muchedumbres armadas chocan y se inundan en sangre, conduce al mundo, poco á poco, como en otro tiempo á la tierra que salió del caos, á un estado nuevo en que imperan el orden y la paz, y en el que se alzan riberas que aun las hordas salvajes respetarán en adelante.» <sup>2</sup>

La filosofía ha dado á la historia suma importancia, y ha hecho de ella una verdadera ciencia, que, apoyada en principios ciertos, considera las vicisitudes de los individuos y de los pueblos á la luz de un criterio superior; excluye el fatalismo, que pretende explicar todo por la intervención del *hado* ó el *destino*, y admite en cambio el dogma consolador de la Providencia, que todo lo gobierna con justicia y sabiduría. La filosofía de la historia, desconocida en el paganismo,

<sup>1</sup> Cf. *Monfat* 1. c.

<sup>2</sup> *Monfat* 1. c.



debe su origen á la religión cristiana: por esto bajo su inspiración se han escrito obras como la *Ciudad de Dios* de San Agustín y el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet, en las que la historia ha recorrido una nueva senda y descubierto vastos horizontes que se pierden en lo infinito.

«En cuanto á la filosofía de la historia, el gran Doctor de la Iglesia, San Agustín, ha concebido y ejecutado el plan antes que otro alguno. Después de él, los que merecen ser mencionados han cuidado de tomarle por maestro y guía é inspirándose en sus escritos y comentarios. Por el contrario, los que no han seguido las huellas de aquel grande hombre, se han apartado de la verdad, por haberles faltado, al recorrer las evoluciones y las fases de las sociedades, la ciencia de las causas que rigen á la humanidad.»<sup>1</sup>

Oigamos lo que dice sobre esta cuestión el príncipe de los historiadores modernos, César Cantú<sup>2</sup>.

«Un pensamiento sistemático dió más seguro vuelo á la que se llama filosofía de la historia. Reflexionando nuestro espíritu sobre cada uno de los pasos dados por la humanidad, descubre en ellos también unidad y armonía, y cree poder deducir la explicación de los hechos, de las ideas que representan, y encontrar la esfinge inmóvil en medio de las arenas movedizas del desierto. Relacionando entonces lo presente con lo pasado, como igualmente los efectos con las causas, y el fin con los medios, traslada al orden exterior las leyes que rigen el mundo moral. De este modo nace la filosofía de la historia, ciencia desconocida de los antiguos..., quienes, confiados en lo presente y considerándose cada uno como centro y circunferencia, no investigaban nada más allá de la ley nacional y contemporánea. En efecto, el egoísmo es el que pinta con Herodoto, medita con Tucídides, cuenta con César y compila con Diodoro: la historia en estos escritores narra los sucesos con relación á una política más ó menos estrecha, en provecho ya de una ambición, sin reflexionar jamás sobre la humanidad en su conjunto, considerando á los griegos y á los romanos como

<sup>1</sup> León XIII. *Breve Sapientium.*

<sup>2</sup> L. c.

á pueblos privilegiados, y á los demás como á bárbaros ó siervos.

«El cristianismo elevó la historia á ciencia universal en el instante en que, al proclamar la unidad de Dios, proclamó la del humano linaje; y enseñándonos á rezar el Padrenuestro, nos hizo reconocer á todos como á hermanos. Sólo entonces pudieron nacer la idea de la armonía entre todos los tiempos y todas las naciones, y el pensamiento filosófico y religioso del progreso de la humanidad hacia la grande obra de la regeneración y del reinado de Dios. San Agustín, Eusebio, Sulpicio Severo y algunos otros escritores en el tiempo de la decadencia del imperio romano, consideraron de esta manera la historia; la edad media, más ocupada en edificar el porvenir que en reflexionar sobre lo pasado, sepultó su voz en el olvido, hasta que en esa voz se inspiró Bossuet en su sublime *Discurso*, único que hermana la observación de los modernos con la exposición de los antiguos, y que reúne á una erudición vigorosa un estilo inimitable. Contemplando Bossuet el mundo desde la altura del Sinaí, á la vez que notifica á los poderosos duras y desusadas verdades, tomadas del libro infalible, y que manifiesta la vanidad de las cosas humanas, señala el fúnebre séquito de naciones y reyes que pasan de la vida á la muerte, siguiendo el camino indicado por el Señor; como si las naciones no estuvieran destinadas más que á formar el acompañamiento del Mesías esperado ó concedido.»

La historia, como los demás conocimientos humanos, ha experimentado el benéfico influjo del cristianismo. «Sin el cristianismo y sus escritos», dice Hettinger<sup>1</sup>, «toda la historia del mundo sería un oscuro y triste caos, pues sólo él suministra la clave de la historia universal. ¡Qué inmenso horizonte se presenta ante nuestra vista á la luz de la verdad cristiana!... Ella es como un elevado observatorio desde donde se descubre la creación toda. Las ideas que el niño cristiano lleva en su espíritu son las grandes ideas que mueven al mundo, y los mandamientos que obedece son las grandes

<sup>1</sup> Apología del cristianismo.

CRESCO TORAL, Educación. Ed. 2.

leyes de la humanidad, los principios vitales de la historia. La fe cristiana ilumina todo: Dios y hombre, tiempo y eternidad. Cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en la vida de los individuos y de los pueblos, desde Noé hasta hoy; cuanto hay de noble y magnífico en las naciones civilizadas de Europa, todo es cristiano, es un rayo de la verdad cristiana, son huellas del paso de Dios por el mundo.»

«Desde su origen, procuró la Iglesia cultivar con especial esmero la historia», afirma León XIII<sup>1</sup>. «En los comienzos de la era cristiana, á pesar de terribles y sangrientas persecuciones, un gran número de actas y de documentos históricos fueron salvados por ella. Y cuando lucieron días más tranquilos, el Oriente y el Occidente vieron los trabajos de Eusebio, de Teodoreto, de Sócrates, de Sozómeneo y de otros. Después de la caída del imperio romano, pasó con la historia lo que con las demás artes liberales: que encontró su único refugio en los monasterios, y que sólo los clérigos la cultivaron; de modo que, si los claustros hubiesen desatendido la redacción de los anales, no tendríamos casi dato alguno, aún de los sucesos civiles, durante un largo intervalo de tiempo.

«Entre los modernos, basta nombrar á dos que ninguno ha podido superar: Baronio y Muratori; el uno, á la fuerza del ingenio y á la penetración del juicio añadió una erudición increíble: el otro, aunque digno muchas veces de censura por sus escritos, juntó, para ilustrar los fastos de Italia, un conjunto de documentos que nadie ha reunido. Cosa fácil sería añadir á estos nombres los de otros, entre los que nos es grato recordar á Ángel Mai, honra y gloria del colegio cardenalicio.»

**8. Historia profana y eclesiástica: importancia de la última.**—Por razón de la materia de que trata, se divide principalmente la historia en civil y religiosa, ó sea, en profana y eclesiástica. Ambas son importantes; pero la segunda lo es mucho más que la primera, por razón del asunto sobre que versa.

<sup>1</sup> Breve *Sufpenumero*.

El hombre tiene tres clases de deberes, á saber, con Dios, consigo mismo, y con sus semejantes. La religión, vínculo de unión entre Dios y el hombre, es lo más alto y noble que puede concebirse; por lo que el relato de su acción é influjo en los individuos y en los pueblos, interesa mucho más que otros temas de la historia. Aun en los lugares dominados por el paganismo han ocupado las creencias religiosas el primer lugar; y sus hechos referidos con minuciosidad, han sido escuchados con respeto por todas las generaciones, y servido de estímulo y enseñanza en los actos de la vida.

Entre las varias religiones existentes en el mundo, la única verdadera y enseñada por Dios es la cristiana, de cuya doctrina es depositaria la Iglesia católica. Los cuarenta siglos que precedieron á su establecimiento le sirvieron de preparación, y la misma religión judaica fué tan sólo una figura de la cristiana, en la que se han cumplido muchas de las profecías del antiguo Testamento. La historia de la religión comprende, pues, dos épocas: la primera anterior á la venida de Jesucristo, y la segunda posterior á su venida, que es propiamente la de la Iglesia católica. La una trata de la misión del pueblo hebreo, de su desarrollo y adelanto bajo la dirección divina; la otra, de la sociedad religiosa instituida por Nuestro Señor, de su asombrosa propagación é influjo benéfico en el mundo.

«La historia de la Iglesia», dice León XIII, «es como un espejo en que resplandece su vida á través de los siglos. Mucho más que la historia civil y profana, ella demuestra la soberana libertad de Dios y su acción providencial en la marcha de los acontecimientos. Los que la estudian, no deben jamás perder de vista que contiene un conjunto de hechos dogmáticos que á nadie es permitido poner en duda. Esta idea directiva y sobrenatural, que preside á los destinos de la Iglesia, es á la vez la luz cuyos rayos iluminan su historia.»

Nadie puede negar la utilidad y conveniencia de conocer la historia eclesiástica, que está ligada con la profana, y contribuye mucho al conocimiento completo de la religión misma. «Porque la religión», dice Mons. Dupanloup<sup>1</sup>, «no es sola-

<sup>1</sup> L. c.

mente una doctrina, es un *hecho divino* puesto en el origen del mundo y perpetuado á través de las edades de la humanidad. Contemporánea del hombre, la religión nació en la cuna del género humano y continuará hasta el fin de los tiempos... Pero es preciso recordar que la historia del antiguo pueblo de Dios no debe ser separada de la del cristianismo: estas dos historias se enlazan tan íntimamente, que vienen á ser una sola; la una descansa sobre la otra como sobre su base, y separarlas equivaldría á truncar la historia de la religión.

«La historia religiosa se mezcla en todo, lo llena todo. En todas las épocas, la historia de la Iglesia y la de la sociedad temporal se componen incesantemente y confunden de tal modo, que la historia eclesiástica viene á ser parte integrante, por decirlo así, de la historia de la humanidad... Si la vida y la historia de la Iglesia aparecen tan enlazadas á la vida é historia de todos los pueblos, es porque la Iglesia es para todos los tiempos y todos los países; de modo que desde hace diez y nueve siglos, no se puede escribir la historia sin encontrar á cada paso á la Iglesia y sin verse el hombre obligado á inclinarse ante ella.»

¡Qué espectáculo tan grandioso presenta la Iglesia católica en su existencia veinte veces secular, espectáculo muy superior por cierto al de los más famosos pueblos é instituciones humanas! Ella fué establecida en la época de mayor esplendor del imperio romano, sin auxilio alguno humano, y antes bien contra la voluntad de los Césares. Deprivista de todo apoyo temporal, y en fuerza sólo de su vitalidad divina, fué fundada y propagada en medio de persecuciones terribles y de torrentes de sangre derramada por sus hijos, hasta que, después de tres siglos de lucha, logró, con la conversión de Constantino, plantar la cruz en el soberbio Capitolio.

Vienen en seguida las relaciones de los emperadores romanos con la Iglesia, la invasión de los bárbaros y la caída del imperio; la incorporación de éstos en el cristianismo, mediante los esfuerzos de aquélla, y el trabajo lento y eficaz que empleó en convertir y en civilizar á esas hordas salvajes que, bajo su dirección, formaron pueblos vigorosos que,

desarrollándose gradualmente, dieron origen á las cultas naciones de Europa. Durante los largos siglos de la edad media, la Iglesia fué la vida de la sociedad civil, y por su vigilante cuidado se salvaron en los claustros, de la rapacidad de los bárbaros, las obras sabias de la antigüedad, conservándose y avivándose en ellos el fuego sagrado de la ciencia. Legislación civil y política, costumbres, artes, ciencias, industrias, todo era dirigido ó impulsado en aquella época por la Iglesia. La guerra, azote terrible que pesa sobre los pueblos, no ejercía entonces sin contrapeso su despótico imperio; porque los soberanos y los súbditos sometían sus desavenencias al juicio imparcial del papa que, como padre común de la familia cristiana, daba á cada uno lo que era suyo.

«Encuéntrense en esta época las cruzadas, aquellas guerras heroicas de la civilización cristiana contra la barbarie musulmana; después lo que se ha llamado la *lucha del sacerdocio y del imperio*, en que estaban empeñadas las más grandes cuestiones; se ven al mismo tiempo elevarse las grandes órdenes monásticas y las célebres universidades cristianas, asunto de estudio interesante aun para los hombres de Estado, para los políticos, para todos los aficionados á seguir el movimiento y progreso del espíritu humano.

«En los tiempos modernos se realizan también hechos religiosos no menos graves, cuyo influjo se deja sentir en todo el mundo social. La pretendida Reforma conmueve á Europa, y al mismo tiempo turba á la Iglesia. El nuevo mundo es descubierto; los apóstoles de la fe se lanzan á él, y las misiones católicas renuevan las maravillas de las antiguas edades... Y, en fin, cuando se llega á la edad contemporánea, la importancia de los hechos religiosos no disminuye tampoco: la historia de la Iglesia sigue enlazada íntimamente con los negocios humanos. ¡Qué interés no ofrecen, por ejemplo, la historia del clero francés durante la revolución, negociaciones para el concordato, el cautiverio de Pío VI, las desgracias de Pío VII y los hechos posteriores hasta nuestros días!»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Mons. Dupanloup l. c

Y en el afamado siglo XIX, en el siglo del racionalismo y la revolución, del positivismo y la apostasia, ¿no es verdad que la Iglesia aparece en primera línea luchando contra los enemigos de Dios y de la sociedad, dando saludables enseñanzas á los pueblos y gobiernos, é infundiendo savia divina en nuestra sociedad muella y materializada? ¡Qué figuras tan simpáticas las de Pío IX y de León XIII! El uno, lleno de celo y piedad, de energía incontrastable y de resignación heroica en los trabajos, se nos presenta guiando con entereza la nave de la Iglesia por el mar proceloso de las pasiones políticas y de los errores modernos; León XIII, el Pontífice sabio y virtuoso, empuñando en sus manos vigorosas el gobierno de la Iglesia, y, concededor como ningún otro de las ciencias sociales y de las tendencias nocivas de la época actual, enseñando á los reyes y á los pueblos, con el doble prestigio de la autoridad y del saber, la doctrina católica, sola capaz de libertarlos del moderno paganismo. En sus luminosas encíclicas ha tratado y resuelto magistralmente las cuestiones político-religiosas más arduas é importantes, y dado á los príncipes reglas admirables de buen gobierno, que, si fuesen observadas, producirían la concordia y felicidad de los pueblos.

**9. Ataques dirigidos á la Iglesia por ciertos historiadores.**—La Iglesia es una sociedad divina, por su origen y constitución; santa por su fin y los medios de que dispone, y aun por los miembros de que consta, tiene en sí misma fuerza sobrenatural para mejorar á los pueblos y santificar á los hombres. Pero no debe olvidarse que los que forman la Iglesia militante son flacos y miserables; que llevan en su cuerpo y alma el estigma de la culpa original, con su séquito de ignorancia, concupiscencia y pasiones desordenadas, por lo que las acciones humanas no están muchas veces de acuerdo con la ley de Dios, y ni aun con las prescripciones de la razón natural.

Para que la Iglesia sea santa en sus miembros, no se requiere que lo sean todos ellos (lo cual desgraciadamente no se realizará jamás por el influjo nocivo de las pasiones y el abuso que el hombre hace de su libertad). Basta que en

todos los tiempos y lugares hayan existido y existan personas que, mediante la observancia de las leyes divinas y eclesiásticas, hayan llegado al más alto grado de perfección moral y espiritual á que es dado aspirar al hombre. Ahora bien: nadie negará la fuerza santificadora de la Iglesia, ya que en su larga vida ha producido una numerosa falange de hombres que han hecho inmensos bienes en el mundo.

En efecto, desde el origen de la Iglesia aparecen muchísimos apóstoles, mártires, confesores y vírgenes que, con virtudes y ejemplos, con esfuerzos y fatigas, con dolores y sangre, han iluminado y regenerado al humano linaje. No hay edad, estado, condición ni lugar en que no haya florecido la santidad: en el trono y en la milicia; en el bullicio del mundo y en el silencio del claustro; en las ciudades populosas y en el retiro del campo; en el celibato y en el matrimonio; en la juventud y en la ancianidad; en la pobreza y en la opulencia vemos almas generosas que, fortalecidas por la gracia, han vencido las perversas inclinaciones de la naturaleza y atesorado grandes méritos y virtudes.

Es innegable también que, junto á estos tipos de heroísmo y santidad, ha habido y hay en la Iglesia no pocos cristianos que desdicien de sus creencias y se precipitan en la sima del error y el vicio. Pero esto nada arguye contra la santidad de la Iglesia: antes bien manifiesta que sin ella no habría virtud alguna sólida en el mundo, y que en todo tiempo los hombres, como aconteció en el paganismo, habrían sido víctimas de sus pasiones desarregladas é instintos degradantes.—Compárense las miserias y escándalos de los malos católicos con los servicios y obras admirables de los buenos hijos de la Iglesia; y, de seguro, los espíritus más prevenidos tendrán que agradecerla y bendecirla por sus beneficios. Recórrase, en especial, la larga serie de sus gloriosos Pontífices, muchísimos de los cuales sobresalen por su ciencia, virtud y prodigiosa actividad; cuéntense, si es posible, todos sus santos y los bienes que han derramado en el mundo; numérense sus sabios y las obras que han escrito, y nos convenceremos de que ninguna institución es tan acreedora como la Iglesia al respeto, gratitud y amor de las generaciones. Cuanto de

bueno hay en los mismos países cismáticos ó protestantes, se debe á que éstos admiten varias creencias y reglas de moral enseñadas por la Iglesia católica; con lo que participan un poco de la savia vivificante que ella infunde con abundancia en los individuos y en los pueblos que le pertenecen por completo.

Error, y muy lamentable, es hacer á la Iglesia responsable y como solidaria de los extravíos y crímenes de sus hijos, siendo así que ella es la primera en lamentarlos y en condenarlos. Atacar á la Iglesia por este motivo, equivale á injuriar á una buena madre porque, á pesar de sus desvelos y ejemplos saludables, tiene hijos que se pervierten y escandalizan á los demás. Éste es el proceder de no pocos historiadores hostiles á la Iglesia. Sin darse cuenta de la santidad y perfección de su doctrina, así como de la flaqueza y perversidad humanas, atribuyen á aquélla los crímenes de sus miembros, crímenes muchas veces inventados, ó, por lo menos, abultado por el odio satánico contra Jesucristo y su Iglesia, de que están poseídos sus gratuitos enemigos.

Y ¿cuál es la institución humana que ha podido resistir á los embates del error y el vicio? Ninguna, ciertamente. Sólo la Iglesia, por ser obra divina, se ha conservado y conservará hasta el fin de los tiempos, no obstante la malicia y debilidad del hombre y la guerra sin tregua que le hacen tenaces y poderosos adversarios. Sin cerrar los ojos á la luz, no se pueden arañonar los méritos y beneficios de la Iglesia católica con los de institución alguna, ni negar las virtudes y hechos heroicos de muchísimos de sus miembros, desde el origen de la era cristiana hasta nuestros días.

Si el historiador, á fuer de imparcial, debe, para lección y escarmiento de las generaciones venideras, referir y condenar las acciones detestables, sean quienes fuesen sus autores, ha de procurar también que en el gran cuadro de la vida humana aparezcan dichas acciones sólo como puntos negros en medio de la vivida luz que la verdad y la virtud han esparcido en el mundo, sobre todo desde el advenimiento del cristianismo. Preciso es, además, tener en cuenta, como

dice Balmes<sup>1</sup>, que «el cuadro de la historia humana es de suyo demasiado sombrío, para que encontremos gusto en obscurecerlo; y que se debe pensar que á veces acusamos de crimen lo que fué sólo efecto de ignorancia. El hombre está inclinado al mal, pero no está menos sujeto al error; y el error no es siempre culpable».

«La historia de la Iglesia», ha dicho Mons. Dupanloup<sup>2</sup>, «no obstante la flaqueza humana y hasta en medio de las sombras de los peores siglos, ofrece á la consideración de los que saben pensar, el grande y bello espectáculo de una sociedad verdaderamente santa; santidad de tal manera inviolable, cuanto subsiste á pesar de los vicios, de las pasiones y de todos los escándalos de los hombres. Siempre se la ve brillar con un esplendor supremo y perseverante, no sólo en su enseñanza siempre verdadera y en su disciplina siempre pura, sino también en su vida real, en sus obras, en sus instituciones, en los grandes hechos, en los duraderos resultados de su acción en el mundo, y sobre todo en esa multitud de grandes hombres y grandes santos que, con fecundidad inagotable, crea ella para Jesucristo en todos los lugares donde se anuncia el evangelio.»

**10. Palabras de León XIII.**—Como conclusión de lo dicho acerca de la historia transcribiré las siguientes frases de este Sumo Pontífice, que contienen atinadas reflexiones y útiles enseñanzas para evitar el extravío de este ramo tan importante del saber humano. «Es muy conveniente impedir á todo trance que se convierta el nobilísimo oficio de historiador en flagelo público y doméstico de los más graves. Es preciso que hombres de corazón y doctamente versados en esta clase de estudios, se dediquen á escribir la historia de tal manera que sea el espejo de la verdad y de la sinceridad, y que las acusaciones hace tiempo acumuladas contra la Iglesia sean docta y convenientemente disipadas. Á narraciones fútiles, deben substituirse investigaciones laboriosas y dirigidas con madurez; á opiniones temerarias debe oponerse un juicio prudente; á asertos frívolos una crítica sa-

<sup>1</sup> «El protestantismo».

<sup>2</sup> I. c.

bia. Hay que esforzarse con energía en refutar las mentiras y falsedades, recurriendo á las fuentes, teniendo en cuenta que la *primera ley de la historia es no atreverse á mentir, y la segunda, no avergonzarse de decir la verdad, de moda que el historiador no sea sospechoso de adulación ni de animosidad.*<sup>1</sup>

## CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO. EL ARTE Y LA BELLEZA.

1. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo. — 2. Verdad, bondad y belleza: relaciones que tienen entre sí. — 3. Definición de la belleza dada por San Agustín y por Santo Tomás de Aquino. — 4. Diferencia que hay entre la belleza y la bondad. — 5. Resumen de la doctrina de San Agustín acerca de la belleza. Teoría de Santo Tomás sobre el arte. — 6. La belleza es *objetiva*; qué se entiende por *expresión*. — 7. Diversos grados y órdenes en la belleza. — 8. Dios es la fuente y el origen de toda belleza. — 9. Naturaleza y constitutivos de la belleza; seres en que ésta principalmente brilla. — 10. Esfera del arte y su destino. — 11. El simbolismo en el arte. — 12. El ideal en el arte. — 13. El arte, para cumplir su misión, tiene que ser eminentemente religioso.

1. Noción del arte y tendencia en que se funda su cultivo. — Al exponer en la Primera Parte de esta obra los principios fundamentales de la educación, indicamos que abrazando ésta á todo el hombre, comprendía también el cultivo de sus facultades, entre ellas la sensibilidad, cuyo objeto propio es la belleza.

<sup>1</sup> «Permagui referat... omnino videre, ne diutius in materiam ingentis publice privatique mali ars historica, que tantum habet nobilitatis, traducatur. Viri probi in hoc disciplinarum genere scienter versati, animum adiciant oportet ad scribendam historiam hoc proposito et hac ratione, ut, quid verum sincerumque sit, appareat, et que congeruntur tam nimum diu in Pontifices Romanos iniuriosos crimina docte opportuneque diluantur. Ieiunæ narrationi opponatur investigationis labor et mora: temeritati sententiarum prudentia iudicii: opinioinum levitati scita rerum selectio. Enitendum magnopere, ut omnia eumentia et falsa audeundis rerum fontibus refutentur; et illud in primis scribentium obversetur animo: *primam esse historia legem, ne quid falsi dicere audeat; deinde, ne quid veri non audeat; ne qua suspicio gratie sit in scribendo, ne qua similitatis* (Breve Sapeuimero).

La educación estética se propone dirigir la sensibilidad y formar el gusto, mediante el conocimiento, la contemplación é imitación de lo bello.

La sensibilidad se impresiona agradable ó desagradablemente, ante lo bello y lo feo.

La educación estética, para ser provechosa, debe darse después de la educación intelectual y de la moral; porque no se puede percibir la belleza de los seres sin tener desarrollada la facultad cognoscitiva y formada la conciencia, que juzga de la bondad ó malicia de los actos.

Conviene mucho educar la sensibilidad, que en gran parte influye en la felicidad ó desgracia del hombre; por lo que debe el maestro encaminar las aspiraciones del alumno hacia los verdaderos goces intelectuales, morales y religiosos, y formar en aquél el gusto, por la investigación de la verdad, la práctica del bien y el conveniente ejercicio de las facultades sensitivas y reflexivas<sup>1</sup>.

Entre los conocimientos que contribuyen á la cultura del espíritu, no es posible prescindir de una de las ciencias más atractivas para el hombre: la estética, «ciencia que trata de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte»<sup>2</sup>. La estética determina los caracteres de lo bello, trata de los constitutivos del arte y del fin que se propone, examina las cualidades necesarias para una acertada producción artística, y descendiendo al análisis de cada arte peculiar, fija las reglas á que debe someterse cada cual y le asigna el puesto que le corresponde entre las demás artes.

Defínese el arte: «la expresión de la belleza ideal bajo una forma sensible»<sup>3</sup>. Lo bello es, por tanto, objeto del arte, y la creación humana es su obra exclusiva.

Las artes liberales, ó bellas artes, forman una de las ramas importantes del saber, recrean é instruyen al hombre y cooperan al adelanto de los pueblos. Ellas se proponen imitar la naturaleza y reproducir, en cierto modo, al hombre interior;

<sup>1</sup> Cf. *Achille*, Vade-mecum de l'éducateur chrétien.

<sup>2</sup> Diccionario de la Academia Española.

<sup>3</sup> P. Fétis.